

JOSÉ LUIS DÍAZ-GRANADOS

**MANUEL ZAPATA OLIVELLA,
SU VIDA Y SU OBRA**

2003

A Rosa Bosch.

A Harlem.

A Edelma.

**“He conocido ríos:
He conocido ríos antiguos como el mundo
y más viejos que el fluir de la sangre
en las venas del hombre.
Mi alma se ha hecho profunda como los ríos”.**

LANGSTON HUGHES

MANUEL

Una visión personal

(Introducción)

Manuel es macizo, alegre, bullicioso por naturaleza y a propósito. Culto, amable, cuando diserta sobre algún tema específico gusta abarcarlo, desbordarlo, agotarlo. Para ello se arma de una capacidad inusitada de concentración y por lo general ---algo insólito---, puede hablar durante largo tiempo con los ojos completamente cerrados bajo las espesas cejas y vocalizando cada palabra con firmeza, convencido de la verdad de lo que está diciendo, mientras enseña sus dientes grandes y perfectos.

A veces, ante un auditorio atiborrado de estudiantes, se apasiona y su voz vibra como la de un barítono hasta paralizar la audiencia, especialmente cuando se está refiriendo a la diáspora africana que costó millones de vidas preciosas por culpa del sistema inhumano y criminal que utilizaron los colonizadores y esclavistas para el despojo y desarraigo de los nativos, el posterior transporte en condiciones infrahumanas y el trato vergonzoso de que fueron víctimas durante su cautiverio en el nuevo continente.

Entonces el oyente siente que Manuel está allí como una conciencia intemporal levantando el dedo acusador contra los opresores inclementes y encarnando todas las bellas acepciones de la negritud, el negrerío y la negredumbre, como un auténtico vocero, como un chamán, como un apóstol.

* * *

La primera vez que vi a Manuel Zapata Olivella fue en la puerta de la Feria Exposición Internacional de Bogotá a mediados de 1961.

Había allí una mesa muy larga y sobre ella se vendían centenares de libros de una colección editorial que promovía autores jóvenes. Recuerdo que había libros de Clemente Airó, Fernando Soto Aparicio y Fernando Ponce de León, y los **Cuentos de muerte y libertad** del escritor de Lorica.

Manuel era entonces un mulato jubiloso y vital. Vestía traje de paño oscuro, camisa blanca y corbata roja y hacía alarde de una juventud permanente con sus ademanes inquietos, su voz estentórea y sus risotadas insolentes. Habíamos ido allí varios estudiantes de secundaria y uno de nosotros se acercó tímidamente con un papel con el fin de pedirle un autógrafo a Zapata. Este se negó amablemente:

--- Si no me compras el libro no te doy el autógrafo.

--- No tenemos plata para comprarlo ---balbuceó el estudiante.

--- Entonces no ---concluyó Manuel al tiempo que soltaba una sonora carcajada.

Rápidamente hicimos una “vaca”. El muchacho adquirió el libro y el autor le estampó una cálida dedicatoria. “¡Qué vaina!”, comentaron los estudiantes con una mezcla de simpatía y desconcierto. “¡Se salió con la suya!”.

Poco tiempo después, me enteré que había ganado dos menciones en Casa de las Américas, en La Habana y el Premio “Esso” de Novela con su libro **Detrás del rostro**, la historia de un gamín perdido, en la cual Manuel ponía en práctica todos sus conocimientos de las últimas técnicas de la narrativa, tan en boga en los años 60.

El libro lo obsequiaban en la recepción de la “Esso”, frente al Parque Nacional, junto con la novela finalista **Catalina**, de Elisa Mújica, y sobra decir que ambas obras las devoré en dos o tres días.

Una tarde asistí a una charla de Manuel sobre el oficio de escribir, en un colegio del sur de Bogotá. Fue más que conferencia una especie de diálogo con los seis o siete oyentes que habíamos acudido al acto y por primera vez hablamos él y yo tête a tête de literatura.

Pero fue en 1966 cuando entré en contacto directo con su persona humana. Pepe Stevenson me había llevado hasta los talleres de **Cromos** donde se imprimía la revista **Letras Nacionales**, fundada por Manuel meses atrás, para que trabajara como diagramador. Su diligente esposa catalana, Rosa Bosch me instruyó, sin preámbulos, en la función de proyección, diagramación y vigilancia de la edición y las artes finales. Durante varias mañanas, tardes y noches estuve metido de cabeza en las colosales rotativas de la célebre revista bogotana, hasta que olí la tinta fresca y el papel seductor del número recién nacido de **Letras Nacionales**, dedicado en su totalidad al Teatro Escuela de Cali, que dirigía Enrique Buenaventura.

Feliz, corrí a llevarle el primer ejemplar a Manuel a su apartamento del Barrio Santa Fe. Lo miró cuidadosamente y cuál no sería mi sorpresa cuando un momento después comencé a recibir regaños, reproches y críticas a mi trabajo.

--- Todas las reseñas deben recibir un tratamiento igual... Y tú destacaste mucho el libro de Jorge Zalamea...!

--- Esto quedó mal, ha debido quedar así, la portada quedó muy oscura, etc.

“¡Qué embarrada!” pensé. Sin embargo, me invitó a su estudio y comenzó a

entregarme papeles y materiales para el siguiente número. Rosa, más tolerante, comentaba, con su inconfundible acento catalán:

--- A mí me pareció muy bonito el número!

En ese entonces, Manuel se desempeñaba como director de Extensión Cultural del Ministerio de Educación y andaba obsesionado con la organización de un congreso de la cultura colombiana que se estaba llevando a cabo en las diversas capitales de los departamentos. De manera que mi trabajo se desarrollaba de manera simultánea en el apartamento de Manuel, en su oficina en la calle 20 con carrera 8ª y en los talleres de **Cromos**, detrás del Cementerio Central.

Ocasionalmente, cuando Manuel y Rosa ofrecían fiestas con picadas y bebidas caribeñas, me invitaban a participar. Ambos eran muy paternales conmigo, aunque Manuel no dejaba (ni ha dejado jamás) de regañarme o de llevar la contraria a cada una de mis opiniones sobre cualquier tema que le plantee. A veces participaban en las tertulias sus hijas Harlem y Edelma, entonces dos tímidas y hermosas colegialas.

A fines del 66 me gané un premio en España por un poema dedicado a las etnias existentes en Colombia. Sorprendido cuando vio la noticia en los periódicos, Manuel me llamó un día a las seis de la mañana, me felicitó muy

emocionado y luego me pasó al teléfono a Rosa. Esta me dijo:

--- Para nosotros la sorpresa ha sido mayúscula, pues no sabíamos que escribías!

Y se afianzó desde entonces una amistad más estrecha, más fuerte y más jubilosa.

Al año siguiente hice mi primera lectura de poemas en la recién inaugurada Sala de **Letras Nacionales** (por allí desfiló toda mi generación, especialmente los poetas y narradores residentes en Bogotá) y allí conocí a importantes escritores, tanto de Colombia como de América Latina.

Con los años se fue borrando la diferencia de edades y aunque Manuel siempre ha sido para mí un padre y un maestro, nunca he dejado de tutearlo ni de jugarle bromas de diverso calibre. Él me llevó de su mano a un congreso internacional de escritores reunido en Caracas cuando yo era un absoluto desconocido en el ámbito de las letras y durante sus años de retiro de la vida pública, casi veinte, en los que se dedicó a escribir, viajar, investigar y soñar con miras a la elaboración de su obra capital, **Changó el gran putas**, nos visitamos casi a diario (entonces él vivía en un apartamento en el barrio de La Soledad, a pocas cuadras de mi casa de Palermo), veíamos por televisión partidos de fútbol o campeonatos de boxeo y me leía

en voz alta capítulos de su secreta novela. Una sugerencia mía en el sentido de que suprimiera una larga introducción, a mi parecer pesada e innecesaria, fue acogida sin reparo.

Recuerdo que una noche nos fuimos a la casa de Luis Vidales, y allí, entre abundantes tragos de vodka de Ucrania ---Manuel bebía muy poco--- nos sorprendió la madrugada leyendo y hablando de esa saga maravillosa y trágica de la diáspora africana de los siglos XVI y XVII.

Posteriormente, Manuel y Rosa viajaron por el ancho y vasto mundo. --- Manuel publicó nuevas novelas, cuentos, ensayos y monografías---, asistió a innumerables congresos de literatura, antropología y educación, ganó distinciones como el Premio “Francisco Matarazzo Sobrinho” del Brasil, que el año anterior había obtenido Borges y continuó dedicado con pasión y desvelo a sus investigaciones folclóricas.

En 1994 tuve el honor de presidir un congreso de escritores en Santa Marta, el cual dediqué en su integridad a la vida y obra de Manuel y allí compartimos muchas vivencias y encuentros con diversos autores. Al año siguiente ocurrió algo similar en Chiquinquirá y más tarde en Bogotá.

Cuando los fantasmas del oprobio me obligaron a exiliarme de mi país, manos amigas me hicieron llegar una carta de puño y letra de mi inolvidable

maestro, en la que, con trazo tembloroso, se solidarizaba conmigo. Esto me llenó de intensa emoción, pero no tanta como la que sentí cuando al final me hacía una revelación inusitada: su abuelo, Manuel Zapata Granados, natural de Santa Marta, llevaba mi apellido paterno sin el Díaz, pues lo solían suprimir de manera extraña y absurda quienes eran hijos de algún señor Díaz-Granados con mujeres de raza negra. Bueno, por lo que fuera y como fuera, la revelación marcó a estas alturas de mi vida un vínculo aún más estrecho y cálido entre Manuel y yo: ya no sólo era mi padre y mi maestro, sino que en verdad y a toda prueba, teníamos la misma sangre corriendo por entre las venas.

**MANUEL ZAPATA OLIVELLA,
SU VIDA Y SU OBRA**

La forja de un rebelde

Antonio María Zapata fue un librepensador de ancestro samario, que truncó sus estudios de Derecho y se dedicó a la enseñanza secundaria en Lórica --- entonces una pequeña población del Departamento de Bolívar, hoy de Córdoba---, durante casi medio siglo. Había fundado y dirigido el Colegio de la Fraternidad, el cual trasladó después a Cartagena, donde tuvo más de un problema con la curia local debido a que en su programa educativo había excluido la cátedra de Religión. En la Ciudad Heroica, Antonio se desempeñó, además, como profesor universitario en el área humanística y desde ese cargo solía mantener contacto permanente con los habitantes de San Basilio de Palenque ---comunidad negra con valiosísimo legado antropológico---, especialmente con quienes demostraban poseer aptitudes teatrales, folclóricas y para la narración oral.

Antonio se casó con Edelmira Olivella, mestiza de origen español, mujer virtuosa y devota, con quien tuvo doce hijos, cinco de los cuales murieron siendo niños. Entre la progenie de Antonio y Edelmira, se destacó precozmente Antonio María, quien escribió una novela que llegó a ocupar el

segundo lugar en el Concurso “Rinehart & Farrar”, en Nueva York en 1941. El primero lo ganó el peruano Ciro Alegría con **El mundo es ancho y ajeno**, obra clásica de la literatura latinoamericana.

Por su parte, Delia Zapata Olivella (1926-2001), descolló como una de las más brillantes intérpretes de danzas folclóricas de Colombia, reconocida además como directora y coreógrafa del más importante grupo de ballet nacional de música afrocaribe. Y Juan, el menor de los hermanos, ha publicado una veintena de libros de poesía, novelas cortas y fábulas y es, además, un reputado médico pediatra en Cartagena de Indias.

Manuel ---el escritor, el vagabundo, el antropólogo---, nació en Lorica el 17 de marzo de 1920.

Allí vivió su “infancia sin juguetes, alimentado con bananos”, infancia llena de privaciones y de marginalidad. Educado en el colegio de su padre, no tardó en dar a conocer sus dotes de narrador ---oral y escrito---, actor local y autor de libretos para el teatro escolar, siempre curioso y ávido en su deseo de atisbar el conocimiento y reinventar el ancho y vario mundo que lo circundaba.

Cursó estudios secundarios en la Universidad de Cartagena y allí en 1937, recibió el título de Bachiller. En la misma institución y sin abandonar sus

aficiones literarias y teatrales, se inició como premédico, para realizar posteriormente la carrera de Medicina en la Universidad Nacional en Bogotá, donde obtendría el doctorado en 1948.

Entre 1939 y 1940, mientras cursaba los primeros años de esta carrera, fue monitor de Anatomía y Fisiología en la Facultad, pero luego, el escritor en ciernes, el vagabundo por autodefinición, quizás influido por sus primeras lecturas de las obras de Máximo Gorki, Knut Hamsun y Panaït Istrati, abandonaría por más de cinco años la academia para dar rienda suelta a los impulsos más apremiantes de su juventud febril.

Rapsodia del caminante

Manuel Zapata Olivella siente a los 20 años la necesidad de viajar, de salir en busca de horizontes más propicios a su afán de indagar los misterios multicolores del mundo, no tanto por aquello que impulsó a Porfirio Barba-Jacob a recorrer las tierras de Centroamérica y el Caribe ---a ver si “tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonría”---, sino compelido por un ansia arterial de aventurar. De aventurar porque sí, sin razón ni propósito algunos, tan sólo porque, como lo predicaba Rimbaud en una famosa *boutade* recogida por ahí: “Los verdaderos viajeros no son los que parten para algún lugar determinado. Son los que parten por partir”.

Entonces, sin un céntimo en el bolsillo, sin trazarse rumbo fijo o señalar el punto de su culminación, procedió a iniciar su primera viandanza en el largo vagabundaje de su existencia.

La primera intención fue la de imitar a Arturo Cova, el corajudo poeta de **La vorágine** que jugó su corazón al azar y se lo ganó la violencia. Pero al llegar a los Llanos Orientales en escala hacia las selvas del Amazonas y el Brasil, recordó que el romántico personaje de José Eustasio Rivera había sido devorado por la jungla, y entonces decidió regresar a Bogotá, algo abrumado y avergonzado consigo mismo, pero listo a emprender sin embargo una aventura de largo aliento.

En ese entonces, Manuel Zapata Olivella era un estudiante de medicina que enfrentaba en la fría Bogotá los agobios de la discriminación no sólo racial sino étnica, hacia el nativo del Caribe o costeño. Además, venido de un hogar humilde donde conoció innumerables privaciones, veía sobrecogido la injusticia social que se vivía en las salas hospitalarias de la capital. “Los enfermos se atraían más ---decía--- por su llaga social que por su enfermedad misma, y cuando alguno agonizaba ante mis ojos, veía en él la víctima de la sociedad que lo fatigaba, desnutría y condenaba a muerte en un hospital desmantelado”.

Desesperado, el joven estudiante anhelaba vivir experiencias personales

distintas a las disertaciones abstractas de la facultad, donde “el enfermo jugaba a veces el papel de simple espectador”.

Buscando una respuesta a sus inquietudes, dedicó unos meses al cultivo de hortalizas en los jardines de la Ciudad Universitaria, tratando de que la agricultura fuera una válvula de escape a su impaciencia contenida. Al mismo tiempo, escribía artículos para revistas de circulación limitada, organizaba teatro estudiantil, centros de estudios y charlas para obreros, estudios de pintura y escultura, etc. Un buen día, una amiga entrañable le dijo: “Comienza a buscar a Dios y lo encontrarás”, y Manuel, sin pensarlo dos veces tomó el tranvía en la barriada aledaña a la Ciudad Universitaria; en la parada final se apeó y comenzó a caminar sin mirar atrás, sintiendo que sus zapatos devoraban el camino.

Llegó a pie hasta el Salto de Tequendama. De allí viajó en camión a Girardot, donde tomó el autoferro que lo dejó en Ibagué. En la capital del Tolima se enrumbó hacia el Eje Cafetero y finalmente llegó a Cali, donde compró por cincuenta centavos **La vorágine**, lo cual lo dejó sin dinero para el desayuno, pero colmó su sed de aventuras.

Los pormenores, los episodios y las vivencias intensas de esa odisea están minuciosamente contados, con estilo directo y ameno, en su libro **Pasión vagabunda**, donde la huella de Gorki es evidente, la llaga del hombre se

palpa y el esqueleto de la tierra se toca.

De Cali pasó al Chocó donde curó enfermos y alivió dolores. Atravesó el río Atrato y llegó a Cartagena, cansado y jubiloso. Allí debió, por supuesto, rendir cuentas a sus padres por su comportamiento aventurero.

Pero, después de todo, Manuel, inspirado por Jack London, se las arregló para viajar a Panamá como obrero en la Zona del Canal. Creyéndolo espía, terminó siendo “prisionero de los yanquis”. Con la ayuda providencial de un amigo generoso, prosiguió su aventura caminante desde Obaldía hacia Costa Rica, Nicaragua ---con Somoza en el trono---, Honduras y Guatemala. “Jamás ---escribió Manuel--- había sentido tanta hambre como en Guatemala”. Después de haber caminado sin descanso por selvas, desiertos, montañas, villorrios y ciudades, entre indígenas míseros, transeúntes desconocidos, gringos engreídos y negros explotados; luego de haber recorrido los diferentes nidos de cuervos donde los tiranos de turno embellecían sus guaridas con toda clase de ornamentos lujosos mientras la miseria popular crecía; después de buscar en vano fondas donde le alargaran por misericordia un pan o solicitar trabajo de albañil o de golpear las puertas de los consulados colombianos, cuyos funcionarios lo recibían con “cuatro piedras en la mano”, un humilde limpiabotas se compadeció de su desdicha y lo invitó a un restaurante donde “me atraganté hasta reventar”, para luego ayudar a su amigo en el mismo trabajo.

Fue este mismo compañero de armas quien lo invitó a boxear. Sin haber subido jamás a un ring, Manuel Zapata Olivella no tuvo otra alternativa que seguirle la idea a tan generoso amigo, y aceptar un match con un boxeador indio, llamado Juan Quiñones y con el seudónimo de “Kid Chambacú”, enfrentó al poderoso pegador, quien lo acribilló de manera inmisericorde mientras el pobre colombiano daba golpes al vacío. El promotor suspendió la pelea y lamentando la golpiza le entregó a Manuel la suma de quince quetzales, con lo cual renovó fuerzas para salir de Guatemala y entrar en la meta anhelada en su accidentado peregrinar: México.

México lindo y florido

En abril de 1944, después de superar incontables peripecias burocráticas debido a su falta de papeles de identidad, dinero y oficio conocido y luego de vadear un peligroso río nocturno, logró Manuel penetrar en territorio mexicano.

En la duermevela que lo condujo en pullman hasta la Ciudad de México, Manuel sólo tuvo conciencia para pensar la forma como sobreviviría en aquella majestuosa ciudad de dos millones de habitantes que no tenía comparación con nada de sus recuerdos. “En vano recorría con mi mente las comparaciones con el villorrio natal, la capital de mi provincia o con la de

Colombia”.

Maltrecho por el viaje, pero siempre optimista, el vagabundo comenzó con “ardiente paciencia” a azotar las calles de la metrópoli en busca de trabajo para salir adelante.

La etapa mexicana fue una de las más enriquecedoras en su vida de escritor y de hombre. Allí sobrevivió como actor, albañil, conferenciante en Morelia, arrimado en apartamento de estudiantes colombianos.

En uno de sus momentos de desesperación ante la falta de trabajo, de estímulo y solidaridad circundantes, decidió ir directamente a hablar con el Embajador de Colombia. Recordaba Manuel haber asistido a algunos cursos suyos de historia del arte en Bogotá y temeroso porque era sabedor de la imponente y aparente petulancia del personaje, siguió adelante a pesar de la mirada desdeñosa del portero de la Embajada. El diplomático reconoció a Zapata y se comprometió formalmente a conseguir su regreso a Colombia. Era Jorge Zalamea, el futuro autor de **El sueño de las escalinatas**, ese hermoso poema con el cual fustiga a los explotadores de todas las layas al mismo tiempo que se torna vocero de los pobres y los oprimidos en los cinco continentes. Sin embargo, sus compañeros de apartamento lo convencieron de que se quedara en México.

Acogido por el escenógrafo colombiano Luis Moya, salió de su casa a buscar al doctor Alfonso Ortiz Tirado, quien dirigía una clínica colosal, el Hospital de la Floresta. El legendario cantante mexicano, sin vacilación alguna, recibió al vagabundo, le dio abundante comida, un uniforme blanco y lo nombró ayudante de anestesia. Meses después, sintiéndose incapaz de practicar la cirugía, pasó al Hospital Psiquiátrico de Mujeres y posteriormente al sanatorio de alienados del doctor Alfonso Millán. Allí Manuel convivió con toxicómanos, suicidas en potencia, contrabandistas de estupefacientes, genios, demonios, prostibularios, seres llenos de toda clase de obsesiones y fantasmagorías.

Por un tiempo compartió una humilde habitación, además de pan y sueños, con el escultor en ciernes Rodrigo Arenas Betancourt y actuó como extra en la película **Doña Bárbara**, basada en la famosa novela de Rómulo Gallegos y que tenía como actores protagónicos a María Félix y Jorge Negrete.

Acompañó varios meses al célebre fotógrafo Leo Matiz en su recorrido por camerinos, teatros, redondeles y suburbios, en donde captó lo que sin ninguna duda fueron las mejores obras gráficas del artista de Aracataca. Trabajó con el periódico "Tiempo", que dirigía Martín Luis Guzmán, el autor de la clásica novela **El águila y la serpiente**, quien le dio generosas lecciones de periodismo moderno. Y así, inaugurando cada día una nueva invitación a la aventura, ante la expectativa de lo insospechado, febril y

optimista, Manuel Zapata Olivella clausuró su ciclo mexicano, rico en vivencias y amplio en conocimientos para comenzar enseguida una nueva vida “tratando de penetrar, sin un centavo, las puertas de hierro del país del dólar”.

La noche americana

El inquieto y rebelde escritor no se conformó con culminar su periplo en tierra azteca. Ahora quería vulnerar el muro de Norteamérica. Quería ver y vivir en carne propia las grandezas y miserias del mítico monstruo. Sabía de antemano que el racismo imperaba, sobre todo en el Sur. Dos artistas admirados por él ---Paul Robeson y Langston Hughes--- habían tenido que vencer incontables obstáculos y prevenciones para lograr el reconocimiento ---aunque no del todo el amor--- en el país de la libertad y la democracia.

En su primer intento por cruzar la frontera, Manuel llegó demasiado tarde a la estación de ferrocarriles de Ciudad de México y el tren que conducía a los periodistas invitados por el Gobierno de los Estados Unidos para presenciar el ensayo atómico de Bikini, acababa de partir. En esa forma se frustró la visión del experimento que meses más tarde “había carbonizado a miles de seres humanos en Hiroshima y Nagasaki”. Pero Manuel es tenaz y no se rinde ante las dificultades por infranqueables que parezcan.

De manera que días más tarde se presentó ante el director de la revista “Mañana” y le planteó la posibilidad de realizar una serie de reportajes a los braceros mexicanos que partirían para el norte a ayudar a los agricultores de allí. El director no sólo aceptó la propuesta del joven periodista sino que le ayudó a conseguir pasaporte y visa, saltando mil obstáculos.

Cada vez más compenetrado con la condición humana, Manuel incrementó su solidaridad con sus semejantes y su sensibilidad social a favor de los desposeídos. Después de mil peripecias acontecidas con los viajeros durante la travesía mexicana, al fin llegó a Texas y desde allí comenzó a vivir la aventura americana con todas las energías de sus 25 años bien vividos. “A las 48 horas de permanecer en los Estados Unidos ---escribió--- comencé una lucha desesperada para no caer en los oscuros sótanos de la miseria”.

Visitó la fábrica de ilusiones de Hollywood, luego llegó a Los Ángeles, habló por aquí y por allá, acudió a un Fulano, a un Zutano, a un Perencejo y de pronto resultó uniformado en un hospital californiano. Hizo amistades, habló de religión, de Lincoln, de Whitman, discutió, recorrió el vasto mapa de Norteamérica y observó con todos sus sentidos el milagro asombroso de la gran potencia tecnológica extraviada ahora por la pequeña rendija de la mezquindad y el racismo.

Posteriormente, vagabundo en Nueva York, Manuel vivió su propia apoteosis

literaria y humana. En un momento dado, hambreado y sin rumbo, “cuando ya el ayuno había molido hasta la última reserva orgánica”, con sus manuscritos bajo el brazo, tocó a las puertas del poeta Langston Hughes, quien años atrás había vivido y padecido en Europa y México experiencias similares a las que ahora vivía en carne propia el joven colombiano, y aquel ser humano incomparable le tendió la mano, le brindó afecto y estímulo, lo protegió bajo su techo y le encauzó sus ideas dispersas hacia nuevos rumbos en la literatura y en la vida.

Otro encuentro singular fue el que tuvo con el novelista peruano Ciro Alegría, quien escuchó con paciencia la angustiada situación de ayuno y dispersión espiritual de Manuel y, al igual que el autor de **El inmenso mar**, le tendió la mano generosamente. Cuando años después apareció la primera novela de Zapata, **Tierra mojada**, llevaba como entusiasta entrada un sesudo prólogo del célebre escritor peruano.

Por falta de dos dólares no pudo asistir al Concierto de la soprano negra Marian Anderson, a quien admiraba desde su adolescencia. En cambio vio a la entrada del teatro desfilar a los personajes más encopetados de Nueva York. En ese mismo instante, toda la pobrería que habían visto sus ojos desde los suburbios negros de Cartagena, los caseríos del Chocó y el Pacífico, los indígenas y obreros de Centroamérica, desfilaron por su mente como si le estuvieran diciendo “no nos olvides”.

Sufrió luego una discriminación racial en carne propia cuando lo echaron de un restaurante. “!En la calle le servirán a usted! ¡Vaya negro!” Ya afuera, vio un letrero que aclaraba todo. Decía “Para blancos”.

El recorrido por todo el territorio norteamericano, narrado de manera magistral en su libro **He visto la noche**, culmina con una lección de dignidad y con la consolidación de sus convicciones en favor de los desposeídos.

“Todavía antes de cruzar de nuevo el Río Bravo, hacia México, debí sufrir el último bofetón de mano de los sustentadores de la supremacía blanca. Había solicitado en el restaurante de la estación de buses un par de huevos fritos. El expendedor me dijo que no se me podía atender porque era negro. De nuevo comprendí que no debía callarme aquella ofensa: que debía protestar en alguna forma e hice hincapié en que me sirvieran, hablando en español, pues este idioma no era extraño para nadie allí.

“--- De buena gana lo haría, pero está prohibido a los negros.

“--- Sírvame usted, no es un negro quien lo solicita, es un ciudadano extranjero.

“El expendedor me miró sonriendo y se alejó a preguntar algo al cajero,

seguramente el dueño del establecimiento. Regresaron ambos y el nuevo personaje me preguntó:

“---Cuál es su nacionalidad?

“--- Soy colombiano ---respondí lleno de orgullo.

“--- Pues no se le sirve. Aquí no se les vende a los negros y mucho menos a los latinos.

“Vivamente indignado, le grité:

“--- Algún día los negros y los latinos le enseñarán a usted la decencia humana”.

Y dicho esto, Manuel Zapata Olivella cerró un capítulo de su vida. El rebelde y el vagabundo estaban creciendo.

Retorno a casa

Después de cuatro años de vagabundaje, en los cuales se fueron forjando a un mismo tiempo el escritor con su universo personal y el médico que buscaría a toda costa la curación del oprobioso cáncer de la discriminación

racial, de la injusticia social y de la pobreza, emprendió su retorno a Colombia.

De nuevo en su país en 1947, se dispuso a concluir los estudios universitarios. Dio los últimos toques a su novela y ese mismo año salió a la luz en la Editorial Iqueima de Bogotá con el título de **Tierra mojada**, y prólogo de Ciro Alegría. La obra tuvo un inmediato éxito de ventas y de crítica. Enseguida se dio a la tarea de preparar la tesis, **La dialéctica aplicada al diagnóstico clínico**, le valdría el Doctorado en Medicina y Cirugía dos años más tarde.

Entretanto, Manuel había descubierto otra pasión estética: el folclor, el arte popular, la música y las danzas del Caribe, la expresión lírica del ancestro afroamericano. Entre 1948 y 1952 realizó giras de divulgación folclórica por La Guajira, el Magdalena y lo que hoy es el Departamento del Cesar --- conocido antiguamente como "La Provincia"---, en donde comenzó a descollar el arte danzario de su hermana Delia, quien haría una extensa y brillante carrera que le depararía amplio reconocimiento nacional e internacional.

Con el joven García Márquez

El 15 de marzo de 1952, en su columna "La Jirafa" de "El Heraldo" de

Barranquilla, Gabriel García Márquez comentó que había organizado en La Paz, población cercana a Valledupar, un festival de “música vallenata en su estado original” en compañía de uno de sus exponentes más conocidos, Pablo López ---quien 30 años más tarde lo acompañaría a Estocolmo a la recepción del Premio Nobel--- y gracias a la colaboración de Manuel Zapata Olivella, “el médico de Cartagena que lo había llevado a ‘El Universal’ en 1948, ahora aquí en su año rural”, según cuenta Eligio García Márquez en su libro **Tras las claves de Melquíades. Historia de “Cien años de soledad”**.

Allí mismo se revela que gracias a Zapata, Gabo y el compositor vallenato Rafael Escalona se habían conocido en Barranquilla en 1950. Por su parte, Escalona contaría años después: “Fuera de Barranquilla, me tocó en la provincia de Valledupar vivir una larga temporada con Gabo, Nereo López y mi compadre Manuel Zapata Olivella, en todos los pueblos y caseríos de esa bella provincia”.

Por aquella época, Manuel ejercía la medicina, ahondaba sus observaciones sobre el riquísimo folclor de la región y exploraba secretamente su lenguaje literario esbozando cuentos y novelas. La amistad de Zapata Olivella con el futuro autor de **Cien años de soledad**, fue decisiva en los inicios literario de éste, pues no sólo le había presentado al mitológico autor de **El testamento**, **La vieja Sara** y **La custodia de Badillo**, sino también a Clemente Manuel Zabala, quien se convertiría en el primer maestro de periodismo de Gabo en

“El Universal”. Además, le había dado a leer en 1948 un texto de su padre, Antonio Zapata, sobre el coronel Aureliano Naudín, quien había combatido en la Guerra de los Mil Días bajo las órdenes de Rafael Uribe Uribe.

En sus memorias, **Vivir para contarla**, García Márquez dedica varias páginas a evocar su amistad inicial con el joven médico y novelista de Lorica. Lo llama “habitante empedernido de la Calle de la Mala Crianza” donde vivía la familia de sus tatarabuelos africanos. Cuenta cómo se habían cruzado en Bogotá entre las llamas caóticas del 9 de abril de 1948 y cómo se habían asombrado luego al reencontrarse vivos en Cartagena. Allí Zapata le habló a aquel de Clemente Manuel Zabala y se empeñó tercamente en presentarlos, a pesar de que el joven de Aracataca no estaba seguro de que su oficio fuera el periodismo. Pero prácticamente llevado de la mano de Manuel, Gabo accedió a entrevistarse con Zabala y más tarde con el director, Domingo López Escauriaza, hermano del poeta Luis Carlos (El Tuerto) López.

Casi contra la voluntad del propio Gabo, éste comenzó a trabajar en la redacción del diario y fue así como Manuel, cuya “vocación más dominante era tratar de resolverle los problemas a todo el mundo”, se fue satisfecho y feliz a otras tierras, mientras su amigo se regocijaba al haberse convertido en periodista en menos de 24 horas de haber visto por primera vez un periódico.

El viento del Este

En 1952, junto con Jorge Zalamea, Diego Montaña Cuéllar, Jorge Gaitán Durán y otros eminentes intelectuales colombianos, Manuel Zapata viajó a la República Popular China para participar en el I Congreso de la Paz de los Pueblos del Asia y del Pacífico, el cual se celebró en Pekín. En su amplio recorrido por varias ciudades y sitios históricos del gigante asiático, en cuyo marco conoció al poeta chileno Pablo Neruda, al poeta turco Nazim Hikmet y al novelista brasileño Jorge Amado, el deslumbramiento ante la llegada de una sociedad nueva lo dejó consignado en su ameno estilo de cronista en un libro titulado **China 6 a.m.**, el cual publicó en la misteriosa editorial S.L.B. (de un judío aventurero llamado Samuel Lisman Baum, de quien luego se perdió el rastro para siempre), la misma que editó **La hojarasca**, la primera novela de García Márquez.

En la década del 50, como coordinador del grupo de danzas folclóricas de su hermana Delia, recorrió Manuel varios países de Europa y de Asia desde España hasta China, pasando por Francia, Alemania, Mongolia y la Unión Soviética. Precisamente, antes de salir con el grupo para Moscú a participar en el IX Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, volvió a encontrarse con su joven amigo García Márquez, varado y solitario en París luego que la dictadura militar clausurara “El Espectador”, diario del cual era corresponsal, y lo incorporó como tamborero del conjunto y de esa manera pudo conocer Gabo la enigmática potencia esteparia.

El grupo de Delia, fundado en Cartagena en 1952, recibió el Primer Premio en el Concurso de Danzas Folclóricas Hispanoamericanas de Cáceres, España en 1958, después de haber competido con conjuntos de 18 países.

En París, Manuel trabajó algunos meses como practicante residente en el Hospital Psicoprofiláctico, la famosa clínica del doctor Lamaze.

Durante su estancia en Barcelona, conoció a Rosa Bosch, entonces estudiante de Humanidades e hija del pintor Emilio Bosch, amigo de Picasso y de Miró, a quien Manuel conquistó mediante coplas y décimas improvisadas en el marco de una velada que amenizaban “Los Gaiteros de San Jacinto”, bajo la dirección de su entrañable amigo Toño Fernández.

En 1960 se radicó con Rosa en Bogotá. Allí trabajó hasta 1965 como Médico Jefe de la Sección de Educación para la Salud, de la Secretaría de Salud de Bogotá y al año siguiente fue nombrado Jefe de la División de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional. Éste fue uno de los períodos más productivos de la vida de Manuel Zapata Olivella como creador --- cuentista, novelista y dramaturgo---, como investigador y antropólogo, como coordinador y organizador de congresos y eventos sobre la negritud y como divulgador de la literatura colombiana desde sus más profundos orígenes hasta la novísima producción poética y narrativa, a través de la revista

Letras Nacionales, epicentro de la cultura nacional durante los años 60 y 70, la que había sido fundada por Manuel en 1965 y dirigida hasta 1986. De esta revista aparecieron 42 números.

Un viraje de 180°

Hasta entonces Manuel Zapata Olivella había escrito y editado 4 novelas, 3 volúmenes de cuentos, 3 obras de teatro y varios libros de relatos.

En 1960, luego de haber publicado una novela de denuncia social de ambiente bogotano, **La calle 10**, y en su afán de adentrarse de manera definitiva en la literatura, se matriculó en el Instituto Caro y Cuervo, como alumno del profesor Rafael Torres Quintero. Este acontecimiento, ha manifestado Manuel muchas veces en su larga vida, significó un viraje de 180° en su trayectoria de narrador, pues a través de esas clases logró dar un vuelco en la utilización del lenguaje en las novelas que escribiría en adelante.

Sus libros anteriores --- **Tierra mojada** (novela, 1947), **Pasión vagabunda** (relatos, 1949), **Hotel de vagabundos** (teatro, sobre su estancia en Nueva York, 1954), **He visto la noche** (relatos, 1954), **China, 6 a.m.** (relatos, 1955) y **La calle 10** (novela, 1960)---, plasmaban la proyección de un mundo en descomposición frente a un horizonte de esperanzas. El interés primordial de su autor era el de denunciar el sufrimiento del ser humano a causa de

fenómenos de la naturaleza, el hambre y la explotación de los trabajadores en Centroamérica, la discriminación racial en los Estados Unidos, el deslumbramiento ante la recién instaurada República Popular China o la anarquía moral y física de Colombia en medio de una violencia partidista que ya anunciaba la demolición de la estructura nacional, es decir, era el testimonio de un aprendiz de escritor que buceaba a través del relato social en busca de un universo propio que a veces lo evadía de la literatura como tal.

A partir de su ingreso al Caro y Cuervo, Zapata adquirió novedosos conocimientos acerca de la escritura, que no sólo influyeron de manera poderosa en el futuro autor de **Changó, el gran putas**, sino también en el antropólogo, el investigador del afroamericanismo y en el lingüista que hay en este estudioso incansable de nuestros orígenes.

Entendió Zapata de labios del profesor Torres Quintero que “el mejor hablante no es el que conoce más profundamente la gramática, sino el que se expresa mejor con el lenguaje”, pues en tanto que la gramática exige que en la oración estén expresadas o entendidas sus tres partes constitutivas, el hablante empírico puede expresar profundamente un sentimiento o una vivencia sin tener que acudir al sujeto, al atributo o al verbo. El personaje de una novela, pues, debe saber expresar lo que quiere aunque no sea gramaticalmente correcto.

Con estas nociones primordiales, complementadas con conocimientos más profundos acerca de esta materia, Zapata Olivella emprendió la escritura de dos o tres novelas ---**Chambacú, corral de negros, Detrás del rostro y En Chimá nace un santo**---, las cuales fueron premiadas más adelante en prestigiosos certámenes internacionales en La Habana, Bogotá y Barcelona, logrando así la consolidación de la búsqueda (y encuentro) de su definitivo lenguaje literario y de su universo particular.

Fue entonces cuando se lanzó a una aventura cultural sin precedentes en Colombia, una auténtica expedición cultural que marcaría dos generaciones literarias al abrir para ella, de par en par, las puertas de su generosidad sin límites: la revista **Letras Nacionales**. Entonces, el novelista silenciaría su producción en este género durante 20 años.

“Letras Nacionales”

Coincidiendo con la conmemoración del centenario del nacimiento de José Asunción Silva, el más universal de los poetas colombianos, en 1965, Manuel Zapata Olivella fundó la revista **Letras Nacionales**, cuyas oficinas se encontraban inicialmente en la carrera 5ª con calle 17 y posteriormente se ubicaron en el octavo piso de un céntrico edificio situado en la Carrera Séptima con Calle 20, en pleno corazón de Bogotá. Allí funcionó la Sala del

mismo nombre, un auditorio donde durante varios años se dieron cita cotidiana escritores colombianos ---famosos y anónimos---, de diferentes generaciones, orientaciones políticas y de las más diversas tendencias estéticas.

Allí por primera vez leyeron sus textos poetas, narradores y ensayistas nacidos a finales de la década del 30 y a comienzos de la del 40, entre ellos Germán Espinosa, el consagrado autor de **La tejedora de coronas**, quien recuerda así este acontecimiento: “Para cristalizar aquel proyecto (**Letras Nacionales**), puede decirse que Manuel hizo oblación de sus años proyectos, pues incluso dejó por un tiempo de escribir. Pero la revista, como la opulenta sala de conferencias con que dotó sus oficinas, ubicadas en una segunda planta del centro capitalino, frente a la Iglesia de Las Nieves, se constituyó poco a poco en la plataforma de lanzamiento de mi generación: allí se dieron a conocer escritores como René Rebetez, Oscar Collazos, José Luis Díaz-Granados, Roberto Eliécer Burgos y Luis Fayad. En el citado local conversé por primera vez con Carlos Pellicer y con Mario Vargas Llosa, traídos por Manuel a Bogotá. Lo frecuentaron con entusiasmo colombianos consagrados, como León de Greiff y Jorge Zalamea. En verdad, la vida de **Letras Nacionales**, que fue de más de diez años, constituyó una fiesta de la literatura nacional, a la cual se sustrajeron muchos escépticos, pero de la cual otros derivamos fecundas experiencias de relación. Junto a su discretísima esposa, la catalana Rosa Bosch, Manuel ejerció allí un

sacerdocio también discreto, pues jamás publicó un texto suyo en la revista”.

Tan maravillosa pero quijotesca aventura cultural tenía que sufrir reveses económicos y por lo tanto forzosos recesos. En 1986 apareció por última vez, habiendo coronado la increíble cifra de 42 números, que hoy constituyen obligada consulta de estudiosos e investigadores de la literatura colombiana.

En busca de los ancestros

Entre 1962 y 1982, Zapata Olivella realizó innumerables actividades de carácter cultural que lo llevaron a viajar continuamente y a profundizar estudios e investigaciones antropológicas. A la citada labor al frente de la revista **Letras Nacionales** se sumaron nuevas y apremiantes tareas: organizó, siendo jefe de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional, el I Congreso de la Cultura Colombiana, el cual se llevó a cabo simultáneamente en las capitales del país (1966). Se desempeñó como profesor visitante de las Universidades de Toronto, Canadá, Howard, USA y en la de Kansas, Lawrence, USA, entre 1968 y 1971. De regreso a Colombia estableció la Fundación Colombiana de Investigaciones Folclóricas en 1973 y participó con ponencias de carácter histórico, sociológico y literario en eventos nacionales e internacionales. Asimismo, intervino en innumerables foros dictando conferencias sobre la cultura negra, la negritud, la negredumbre, el mestizaje en la novela latinoamericana, la opresión y

explotación del africano en la colonización de América Latina, el sincretismo y la religiosidad afroamericana, la mitología mágica de la libertad, etc.

Durante esas dos décadas Zapata Olivella publicó libros narrativos --- **Cuentos de muerte y libertad** (1961), **El galeón sumergido** (1963), **¿Quién dio el fusil a Oswald?** (1967)---, obras teatrales ---**Los pasos del indio**, **Las tres monedas de oro**, **El retorno de Caín**, **Caronte liberado** y **Mangalonga, el liberto**, entre 1966 y 1977--- y ensayos ---**Tradición oral y conducta en Córdoba** (1972), **El hombre colombiano** (1974), **El folclor en los puertos colombianos** (1977)--- y escribió el argumento y el guión de la telenovela, **El siete mujeres**. Pero nunca, durante estos 20 años, se volvió a hablar de Manuel Zapata Olivella como autor de novelas. Se llegó a pensar, incluso, que su ciclo novelístico se había cerrado para siempre.

Lo que estaba aconteciendo era que simultáneamente o al margen de las actividades culturales, las cátedras y los viajes, Manuel estaba fraguando, bosquejando y construyendo, ladrillo a ladrillo, palabra por palabra, el libro que sentía exorcizarse en el alma como la razón suprema de su existencia, la revelación arterial de los grandes secretos de sus ancestros, la voz épica por la cual los millones de negros que el colonizador arrancó de la madre África, contarían la verdad de su infortunio y de sus esperanzas.

En 1983, la Editorial Oveja Negra publicó la primera edición de **Changó, el**

gran putas, la novela-saga que le llevó tantos años de desvelos, investigaciones y escrituras. Cuentan que una noche en Dakar, solicitó permiso al poeta y presidente de Senegal, Leópolo Sédar Senghor para que le permitiera pasar la noche en una isla vecina en la que existía una cueva donde estaban enterrados sus remotos antepasados. El narrador pasó la noche desnudo entre las sombras de aquella caverna mítica en íntima comunión con sus ancestros, quienes le revelaron a través del sueño, el hilo conductor de su epopeya. Cuando al amanecer Manuel abandonó la legendaria gruta, salió con la convicción de que nada maligno o perjudicial le ocurriría mientras estuviera sumergido y concentrado en la elaboración de la novela.

Pero no solamente había indagado en hondura la obsesiva temática de su historia en congresos, eventos y academias, sino en viajes realizados de manera incansable al Caribe y al Pacífico colombiano, a la región del Chocó, a los Palenques de San Basilio y de San José de Uré, a las Antillas mayores y menores, por Centroamérica, en la Norteamérica del Jazz, los Blues y los Spirituals, lo mismo que escudriñó y exploró insospechadas vetas en Sao Paulo, Río de Janeiro y San Louis de Maranhã, Brasil, en Esmeraldas, Ecuador, en Bata, Guinea Ecuatorial, en Libreville, Gabón, en Cayena, Guayana Francesa y en las capitales culturales del mundo moderno: París, Nueva York, Madrid y Ciudad de México.

De manera inmediata, **Changó, el gran putas** recibió críticas favorables en Colombia y en otros países de habla hispana y fue reeditada en varias ocasiones. En 1991 apareció la versión al francés con el título de **Chango, Ce Sacre Dius**, realizada por Dorita Piquero de Nouhaud (París, Editions Miroirs) y en 1997, fue vertida al inglés por Jonathan Tittler, con el título de **Changal, The Baddest Dude**, aún inédita. Asimismo, esta novela ha sido objeto de innumerables ensayos críticos y tesis de grado universitarias. Es, indudablemente, su obra estelar, junto con la titulada **En Chimá nace un santo**, novela publicada en Barcelona en 1964, después de haber sido finalista al Premio “Biblioteca Breve” de la Editorial Seix Barral, y la cual recrea en lenguaje elegante y ameno el mundo supersticioso y embrujador de un pueblo del Caribe donde ha nacido la figura mítica y religiosa de Santo Domingo Vidal, en una suerte de sincretismo religioso.

Salvas y reconocimientos

Casi inmediatamente después de la publicación de **Changó, el gran putas**, Zapata Olivella dio a conocer una nueva novela, **El fusilamiento del diablo**, historia tragicómica ubicada en el Chocó, llena de aventuras, leyendas, llagas sociales y humanas y sobre todo revestida de pasiones encontradas, narrada con una prosa feliz en medio de una riquísima verbalidad. Algunos años más tarde, en 1993, publicó otra novela, **Hemingway, el cazador de la muerte**, un monólogo reflexivo y nostálgico, donde el paisaje africano

adquiere categoría protagónica.

En 1987 la Editorial Payot de París había publicado en francés el relato autobiográfico **Léve-toi, mulatre. L'esprit parlera á travers ma race** (**Levántate mulato. Por mi raza hablará el espíritu**), **Nuestra voz. Aportes del habla popular latinoamericana al idioma español**, **Fábulas de Tamalameque** (prologada por este cronista), **Las claves mágicas de América** y **La rebelión de los genes**, interesante ensayo sobre el mestizaje americano en la sociedad futura.

Por otra parte, Colombiana de Televisión presentó en 1985 **El siete mujeres**, telenovela escrita por Manuel, protagonizada por el malogrado actor Jaime Saldarriaga y la cual tuvo una audiencia sin precedentes en el país. Años atrás, en la década del 50, había escrito tres radionovelas que obtuvieron amplia aceptación nacional: **Murallas de pasión**, **Amor salvaje** y **Ojos vendados**, transmitidas a través de la Cadena Caracol de Bogotá.

La obra periodística y científica de Manuel Zapata Olivella se halla dispersa en diarios, suplementos y revistas especializadas del país y del exterior. Cuentos suyos han aparecido en antologías en Bogotá, Cali, Tubingea, Basilea, Berlín, Quito, Nueva York y San José de Costa Rica. Sus novelas se han reeditado numerosas veces en español y han sido vertidas al chino, ucraniano, francés e inglés. Sobre ellas se han escrito más de una veintena

de libros.

En 1985 recibió el Premio Literario “Francisco Matarazzo Sobrinho”, en la categoría Ficción Latinoamericana, en Sao Paulo, Brasil, galardón que años atrás también recibió Jorge Luis Borges por el conjunto de su obra narrativa. En 1988, la Asamblea Nacional de Francia le otorgó el Premio Literario “Nuevos Derechos Humanos”, por su ensayo **Leve-toi, mulatre**. Al año siguiente, recibió el Premio Nacional de Periodismo “Simón Bolívar”, al “Mejor trabajo cultural en radio”. El 17 de octubre del año 2000 recibió en el Teatro Colón de Bogotá el Premio “Aplauso” a las Bellas Artes, en la modalidad de Literatura, en reconocimiento a sus grandes méritos en la creación narrativa.

Manuel Zapata Olivella ha sido condecorado en múltiples ocasiones, tanto en Colombia como en el exterior. Entre éstas han sido relevantes las siguientes: la Orden “José María Córdoba”, en el Grado de Gran Cruz, otorgada por la Gobernación de Córdoba; Orden “Pedro Romero”, de la Alcaldía de Cartagena; Orden Civil al Mérito “Ciudad de Bogotá”, en el Grado de Comendador de la Alcaldía Mayor del Distrito Capital; Medalla Cívica de Cartagena, en el Grado de Comendador de la Alcaldía de esa ciudad; Condecoración “Honor al Mérito Cultural”, otorgada por el Instituto Distrital de Cultura; Condecoración “Caballero de la Orden de las Artes y las Letras”, del Ministerio de Cultura de Francia, Festival Biarritz, 1995; Orden de la

Democracia, en el Grado de Caballero, de la Cámara de Representantes de Colombia; Medalla “Simón Bolívar” otorgada por el Ministerio de Educación Nacional de Colombia; Orden de Boyacá, en el Grado de Gran Oficial, otorgada por la Presidencia de la República, en el año 2000. En este mismo año fue objeto de numerosos homenajes con motivo de sus 80 años de vida.

En el año 2002 el presidente Andrés Pastrana Arango otorgó a Manuel Zapata Olivella, a través del Ministerio de Cultura, el Premio Nacional Vida y Obra, Capítulo Literatura por “el carácter de testimonio único e irremplazable del aporte a la historia, tradición cultural, local, regional y nacional; el valor creativo relevante y excepcional de su obra; la capacidad de transmitir dicho saber a las nuevas generaciones a través de sus libros y la dedicación de toda una vida a su creación literaria”.

En la última década del siglo XX y primeros años del siglo XXI Zapata Olivella desplegó una inusitada actividad, tanto en el orden literario e investigativo, como en el campo de la divulgación cultural. En 1994 fue invitado de honor al III Encuentro de Escritores Colombianos, celebrado en Santa Marta y allí se le eligió Presidente Honorario del evento. Al año siguiente recibió el homenaje a su vida y obra por parte de la Fundación Cultural “Jetón Ferro” de Chiquinquirá, en el marco del XVI Encuentro de Escritores Colombianos, celebrado en la población boyacense. Allí disertó acerca de su proceso creador y presidió la mesa redonda titulada “Realidad y

ficción en la novela contemporánea”.

En 1997 sucedió al autor de esta semblanza en la Presidencia de la Unión Nacional de Escritores (UNE), institución de la cual es socio fundador en 1980. Meses después, partió hacia Puerto España, donde se desempeñó como Primer Secretario de la Embajada de Colombia ante el Gobierno de Trinidad y Tobago.

De sus 80 años de vida Manuel ha dedicado 65 a conformar un universo literario que enriquece no sólo la realidad circundante sino la cultura colombiana, latinoamericana y caribeña con sus obras narrativas y teatrales, sus estudios sobre la historia, el folclor, la ciencias sociales y el lenguaje, esto último, como luz mediadora entre el hombre y sus sueños, entre el hombre y su mundo real.

La fidelidad de Manuel Zapata Olivella a su vocación literaria y a la continua búsqueda de elementos técnicos y humanos, abrieron, en opinión del profesor John S. Brushwood, el ciclo de la nueva novela en Colombia. Y su tenacidad ---agregamos nosotros---, su trabajo incesante y los inestimables contenidos de su obra, se han de convertir en vivo ejemplo de magisterio fecundo para la novísima generación de escritores colombianos.

LENGUAJE, VERTIENTES Y VIVENCIAS EN SUS OBRAS PRINCIPALES

El novelista

Los primeros libros de Zapata Olivella están marcados en su totalidad por un intenso sello autobiográfico. Son relatos y novelas en donde a través de una prosa escueta y descarnada recrean la visión de un hombre ansioso por tomar posesión del mundo con sus miserias, sus esperanzas y sus desesperanzas.

Desde su novela primigenia, **Tierra mojada** (1947) hasta **La calle 10** (1960), la intención literaria de Zapata Olivella es la de plasmar la vivencia de un afroamericano que se enfrenta a un universo hostil y amenazador.

Es ante todo un hombre negro del sur de América, del Caribe mestizo, que vive, sufre, agita y denuncia las injusticias sociales, las desigualdades raciales y la opresión continua de los condenados de la tierra. Su interés no es otro que el de relatar y dejar testimonio de una cotidianidad salpicada de tribulaciones y aventuras.

Así lo entendió el novelista peruano Ciro Alegría cuando aceptó leer el manuscrito de su primera novela, y luego, de buena gana, suscribir para ella

un prólogo que resultó a todas luces consagratorio.

"En **Tierra mojada** ---cuenta Zapata al profesor Joseph F. Vélez, director de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Baylor, de Waco, Texas ---, yo retomo mis experiencias de niño en Lórica, con una población dedicada en ese tiempo al cultivo del arroz. Es la vida del arrocero en esa región".

Después vino **La calle 10**, publicada en 1960. Esta es una novela que se desarrolla en el centro de Bogotá, con gamines, agitadores, estudiantes y vagabundos. Se lleva a cabo en la famosa calle donde estaba situada la antigua Facultad Nacional de Medicina, en cuya sede el autor estudió durante cinco años.

Dicho centro docente se encontraba en medio de un sector de latrocinios, con prostitutas, chulos y maleantes a quienes los estudiantes, y especialmente Manuel, atendían con sus servicios de cirugía.

"Todo esto ---dice Zapata---, me permitió un conocimiento profundo de lo que era la calle 10, y yo recogí todas esas experiencias personales y las puse en el ambiente y en los personajes de mi obra literaria".

En **La calle 10** aparece como episodio central el levantamiento popular del 9 de abril de 1948, cuando fue asesinado al mediodía, en pleno centro de

Bogotá, el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. En medio de la confusión y el caos ocurridos durante las horas sombrías del Bogotazo, aparecen también conocidos personajes del viejo Bogotá, como el Poeta Tamayo y el boxeador Francisco Pérez, "Mamatoco", entre otros.

Estas novelas se caracterizan por una especial forma de narrar: tradicional o lineal, con trama y desenlace. Allí el narrador era un cronista que con su ojo testimonial registraba los acontecimientos y las personales vivencias.

Pero no era por entonces Manuel Zapata Olivella un escritor interesado en proponer fórmulas narrativas novedosas o en poner en práctica las técnicas en boga que se repetían a todo lo largo y ancho del continente americano (monólogo interior, coral de voces de personajes invisibles, flujo desordenado de la conciencia, episodios metaficcionales, etc.), especialmente derivadas de la literatura de James Joyce, Virginia Woolf, John Dos Passos y William Faulkner, entre otros. Por el contrario, la literatura sólo era un vehículo para transmitir vivencias a menudo sórdidas, situaciones insólitas en donde la supervivencia a toda costa emergía con ingenio a cada amanecer.

Era pues, el testimonio de un náufrago, de un marginado, de un "negro latino" ---como se calificaba entonces a sí mismo---, de un explotado, de un disidente de la regularidad.

* * *

Entre 1962 y 1964 se produce el viraje: Zapata Olivella publica tres novelas en las que si bien siguen predominando elementos del mundo de los marginados ---santeros, negros reclutados para combatir en Corea, proletarios sin ilusiones, gamines, etc.--- el autor hace gala de un amplio dominio de las nuevas técnicas narrativas e introduce elementos experimentales inéditos hasta ese momento en Colombia, tales como la introspección, el diálogo cinematográfico, el ideograma, o sea el estilo que alude al patrón ideológico entre una sociedad y su época, los juegos de tiempo, el monólogo interior, etc.---, que hacen crecer en sus historias la atención del lector y del oyente, ya que algunas de sus obras fueron adaptadas para melodramas radiales de entonces.

Las novelas de Zapata Olivella aparecidas a partir de 1962 despiertan un enorme interés en lectores y críticos, pues es cuando se produce en ellas la fusión del experimento literario y la inconmensurable tradición verbal de la negritud.

Al respecto, el profesor Raymond L. Williams, en su libro **Novela y poder en Colombia, 1844-1987** dice:

"Las obras de Zapata Olivella en los primeros años de 1960 describen la

oralidad y la cultura triétnica de la Costa. **En Chimá nace un santo** (1964), está ambientada en la región del Sinú y los pueblos de Chimá y Lórica. Relata ciertos hechos prodigiosos y las prácticas mágicas de la cultura oral, antes de que se hicieran famosas internacionalmente en la narrativa de García Márquez.

"Zapata Olivella es consciente de la especificidad de la cultura que describe y comienza esta novela con epígrafe sobre mitos y magia en las culturas primitivas. (El epígrafe dice: 'los mitos son un producto necesario de la mentalidad infantil, al igual que los pueblos primitivos. Se originan como una evasión hacia el campo de lo mágico, como una explicación aparentemente aceptable, como una esperanza de salvación. Castiglioni, **El mundo mágico**).

"La historia se relaciona con el fanatismo religioso, pero en el contexto cultural aparecen la superstición, la magia, la religión primitiva de la cultura primaria, mezcladas con la religión oficial católica y la cultura escrita. Este conflicto produce consecuencias desastrosas como la ignorancia y el fanatismo.

"Zapata Olivella publicó otras dos novelas durante este período: **Chambacú, corral de negros** (1963) y **Detrás del rostro** (1963). La primera se relaciona con las luchas de supervivencia de la población negra en Chambacú, un

barrio de Cartagena. **Detrás del rostro** presenta aspectos de la vida urbana y rural, y muestra la evolución de la técnica narrativa del autor, tal como lo ha explicado Marvin Lewis: 'En esta novela, Zapata Olivella interioriza su experiencia en vez de meramente describir una serie de hechos''

Por su parte, en **Chambacú, corral de negros** ---novela premiada en Casa de las Américas, de La Habana, Cuba, en 1962 y de la cual han aparecido más de 10 ediciones---, Zapata Olivella elige el barrio Chambacú para escribir su novela.

Dicho espacio está contiguo a las murallas de Cartagena y está habitado por más de 10.000 familias negras. El susodicho barrio es invadido por la policía que busca hombres para formar el Batallón Colombia, destinado a combatir junto con los norteamericanos en la península de Corea.

Chambacú, corral de negros relata la vida cotidiana con sus pasiones y problemas de los herederos de la esclavitud en algún lugar de América, específicamente en el Caribe colombiano, en la ciudad colonial, aristocrática y heroica de Cartagena de Indias. Allí el autor cuenta una historia en la que se detallan y desenvuelven episodios de esos herederos de la esclavitud hacia la primera mitad del siglo XX en Colombia.

Es necesario llamar la atención acerca de esta novela de Zapata Olivella,

pues allí el autor introduce un elemento hasta entonces no experimentado en novela colombiana alguna, y es el papel aparentemente pasivo o inútil (influido por el teatro de Bertolt Brecht), de ciertos personajes que de pronto aparecen y sin tener papel protagónico en la obra, se pasean con avisos o carteles que aluden a algo que hace reflexionar al público y en este caso, al lector.

Esa persona **está ahí** y lo que dice o habla se sale del contexto de la historia. Pero no es en manera alguna gratuita: su presencia es una reafirmación o reflexión que el autor hace al lector (o al espectador) sobre puntos claves o cosas que tienen que ver y subrayar, de algo que el narrador quiere expresar en su obra.

Por lo general, en esta y en casi todas sus novelas, el autor reinventa la realidad entremezclando en su historia central infinidad de pequeños relatos de amor y sexo, de odios personales y políticos, brujerías, demagogia, esperanzas y desesperanzas, discriminación racial, riñas de gallos, ilusiones perdidas, negocios, enfermedades, maldiciones, sueños y abusos de poder.

En la totalidad de su obra narrativa, Zapata Olivella demuestra una excelente destreza descriptiva y un perfecto dominio del idioma y del oficio, pero es a partir de los conocimientos adquiridos en el Instituto Caro y Cuervo, bajo la tutoría intelectual del profesor Rafael Torres Quintero, cuando adquiere, ya

para siempre, las nociones primordiales que regirían el resto de sus novelas, especialmente **Changó, el gran putas**, publicada en 1983, luego de una inmersión de veinte años de vivencias y sostenido trabajo silencioso.

Estas nociones de que hace gala Zapata Olivella, son las siguientes:

1. El mejor hablante no es el que conoce más profundamente la gramática, sino el que se expresa mejor con el lenguaje.
2. Mientras la gramática exige que en la oración estén expresas o entendidas las tres partes constitutivas de ella, el hablante empírico puede expresar profundamente un sentimiento o una vivencia sin tener que acudir forzosamente al sujeto, al atributo o al verbo. Si en un teatro a oscuras, por ejemplo, alguien grita "¡Fuego!", basta para entender qué es lo que está ocurriendo.
3. Hay que saber expresar lo que se quiere aunque no esté escrito o redactado de manera gramaticalmente correcta. Ese lenguaje, casi telegráfico, habla por sí solo: "La puerta chirrió. Los gallos de pelea cacarearon asustados. Su madre no rezaba. Su cara negra empalideció con la blancura de sus ojos. Así miraba cuando se encolerizaba. (...) Dedicarse a cualquier empleo donde le quedara tiempo para leer. Los malditos libros. Si no hubiera sido por ellos no le

perseguirían. Treinta y cinco años y había estado preso trece veces. Lo vió asomarse a la puerta con su único pantalón, al que ella no podía agregar un remiendo más". (De **Chambacú, corral de negros**).

Igualmente, la obra narrativa de Manuel Zapata Olivella es muy rica en imágenes y en hermosas metáforas. Una muestra de ellas es la siguiente:

"El llanto volvió a hurgar la oscuridad como si la noche misma rezongara".

"Las arrugas serpentearon en la frente de la tía Petronila".

"Una gotera comenzó a romperse sobre el nudo de la hamaca y finísimas partículas de agua alfileraron su espalda".

"Tapiar todos los resquicios de su mente por donde pudiera infiltrarse el más leve raciocinio".

"Una claridad que le hacía invisible el color del tiempo".

* * *

Para la elaboración y estructuración de su obra capital, **Changó, el gran putas** ---escrita entre 1962 y 1982---, Manuel Zapata Olivella emplea no

solamente los riquísimos recursos adquiridos del profesor Rafael Torres Quintero, sino que a las variadas vivencias del vagabundo que siempre ha confesado tener en su mente y en su piel, agrega los innumerables estudios del antropólogo empírico que ya en su madurez encuentra a través de la infinita vitalidad oral del negro afrocolombiano.

En este sentido, la mayoría de las novelas y cuentos de Zapata Olivella se han nutrido en la tradición oral del Caribe colombiano.

Elementos de la cultura popular de esa región se enlazan profundamente con las historias y narraciones del escritor de Lórica, tanto las localizadas en los pueblos pequeños (**En Chimá nace un santo**) como en las ciudades (**Chambacú, corral de negros**), sin que ello signifique que deje de lado la oralidad y las tradiciones de la leyenda española coexistentes tanto en la Costa Caribe colombiana como en la región Andina.

En **Changó, el gran putas**, la presencia negra se remonta hasta los lejanos ancestros africanos.

El profesor Raymond L. Williams dice al respecto: " Changó alude al dios yoruba de la guerra, la fecundidad y el baile. La narración se desarrolla en tres continentes a lo largo de 600 años de historia africana y afroamericana. Comienza en África, pasa a Colombia y a otros países americanos y termina

en los Estados Unidos. Zapata Olivella incorpora en la narración a héroes como Benkos Bioho, Francois Mackandal y Nat Turner, y finaliza con la muerte de Malcom X. El autor sintetiza una variedad de voces y culturas orales en esta saga de pueblos que luchan por su liberación, lucha que es una constante en el relato".

En esta obra, la presencia negra se remonta hasta los lejanos ancestros, pasa por el tráfico de esclavos en el continente americano ---de los cuales 150.000 aproximadamente, llegaron al Nuevo Reino de Granada---, y el asentamiento en pueblos de fuerte tradición negra como San Basilio de Palenque, territorio de esclavos rebeldes, el cual se halla situado entre dos ciudades de raigambre hispánica ---y curiosamente las primeras colombianas en proclamar su independencia de España---, como son Cartagena de Indias y Santa Cruz de Mompox.

De todas las leyendas y tradiciones negras y mestizas, de sus ricas culturas orales, sus romances, sus pequeñas epopeyas, cuentos y narraciones de diversa índole y procedencia, Manuel Zapata Olivella ha tomado atenta nota para la construcción de su saga magistral.

Por ello, en una acabada y persistente sinfonía coral, aparece una y otra vez el lamento perdido y recobrado del africano arrancado a la fuerza de sus raíces, despojado de su tierra y trasplantado en islas, playas, montañas y

llanuras que le eran ajenas, pero que no tarda en hacer suyas.

Zapata Olivella toma las voces de ellos y los redime del olvido. En su **opus magnum** se recrea la noche larga de la diáspora, el asentamiento forzado, la humillación de la esclavitud, el desahogo fugaz de sus carnavales, el malabar de sus cantos, la perennidad de sus tradiciones, la melancolía de su música indeleble y la fuerza inalterable de esa raza que sobrevive a todas las tormentas.

Por eso, el supremo hombre negro, torrente invencible inspirado por Changó desde sus más remotos orígenes, el gran mulato, el putas indomable, canta su nostálgica y victoriosa canción de amor al final de la saga como un himno triunfante de supervivencia y poderío cultural en el continente mestizo.

* * *

El narrador nato, múltiple y totalizador que hay en Manuel Zapata Olivella se prolonga y se condensa en libros como **Cuentos de muerte y libertad** (1961), herederos del estilo lineal y descarnado (de estirpe gorkiana) de sus novelas y relatos publicados hasta entonces.

En 1963 gana el Primer Premio Nacional de Cuento convocado por la Extensión Cultural de Bolívar con su relato **El galeón sumergido**, basado en

un hecho histórico del siglo XVII, y en 1967 publica un volumen de cuentos titulado **¿Quién dio el fusil a Oswald?**, donde aparecen ---al decir unánime de la crítica nacional y extranjera--- sus mejores textos en el género: **Un extraño bajo mi piel** y **El acordeón tras las rejas**.

Estos cuentos, llenos de ironías y contradicciones sobre el dilema racial, han sido traducidos a varios idiomas y reimpresos numerosas veces en antologías de habla española.

En 1990 publicó **Fábulas de Tamalameque**, en donde reinventa las más arraigadas tradiciones populares del Magdalena y Bolívar y retoma hermosas leyendas de las riberas del Bajo Magdalena, muy cerca del Caribe.

Una novela aparecida con posterioridad a **Changó, el gran putas**, titulada **El fusilamiento del diablo**, cuenta la historia de un negro valeroso y rebelde de la región del Chocó, que se enfrenta al opresivo poder de los blancos.

Con sinigual destreza narrativa, Zapata Olivella recrea la historia a través de numerosas voces que van presentando la vida legendaria de Manuel Saturio Valencia ---héroe ejecutado por los terratenientes blancos en Quibdó a principios del siglo XX---, hasta elevarlo a la categoría de mito.

Otras novelas de Zapata Olivella de menor interés, pero no por ello carentes

de importancia narrativa debido al singular dominio de la verbalidad oral, son las tituladas **Hemingway, cazador de la muerte, Apartheid, amor mío** (aún inédita) y **Retorno a la utopía**. Igualmente, dos novelas de juventud nunca publicadas, **El cirujano de la selva** y **La maraca embrujada**, han sido objeto de estudios por parte de especialistas que han tenido acceso a sus manuscritos.

El dramaturgo

Menos conocida que su labor como novelista ha sido la del hombre de teatro, y no es de extrañar que con mayores posibilidades de tiempo, no permitidas por sus múltiples actividades de promotor cultural e investigador de asuntos folclóricos, conferenciante y catedrático en Universidades de Colombia, Estados Unidos y Canadá, Zapata Olivella se hubiera destacado como uno de los más completos dramaturgos de Colombia.

"La primera obra de teatro que escribí ---declara Manuel al profesor Joseph F. Vélez---, se llama **Los pasos del indio**. En esa época no se publicó, pero sí se representó. La otra obra de teatro que escribí la envié a un concurso que se convocó aquí en Colombia en 1954 y en esa fecha aparece **Hotel de vagabundos**. Es una obra que tuvo lugar en los Estados Unidos en un barrio de miserables, en un hotel que ya ha desaparecido, pero que se llamaba Mills Hotel. Entonces allí se concentraban vagabundos, inmigrantes legales,

algunos no legales, algunos vinculados a la lucha contra Hitler, como eran los españoles y franceses, y grupos de puertorriqueños... La obra tiene unos 50 o más personajes... Tiene también un argumento central en el segundo acto, que es el de un crimen que se comete allí. Iba a dormir un millonario, lo asesinan y lo encuentran ahorcado con una corbata. Finalmente acusan al que consideraron que pudiera ser el asesino. Esta obra no ha podido ser representada pues necesitaría mucho talento del director y de los actores: cada actor representando varios personajes. La obra obtuvo el premio Espiral y al ser editada se agotó. Nunca se hizo una segunda edición".

El tema central de **Los pasos del indio** es la vida de una comunidad indígena en el Caribe de descendientes de la familia Araguá, la misma de la cual eran parte los taínos, que habitaron en Cuba y la República Dominicana. En esta obra, al contrario de la anterior, hay un solo personaje central: un joven de 25 años a quien le quieren cobrar la deuda de su padre septuagenario, como es costumbre entre los mestizos. Este es un muchacho rebelde que decide huir para no pagar la deuda (la que consiste en rentar a los nativos), pero deja allí una hermana.

El padre y el hijo tratan de huir pero la fuerza interior los vuelve a traer. Finalmente el personaje, atribulado y perseguido por el problema decide arrojar al mar. La obra termina con un presunto salto que da el protagonista hacia el mar, pero cae en una horqueta que tiene el teatro, en

este caso el Teatro Colón de Bogotá en donde se representó por primera vez.

Zapata Olivella escribió otras obras teatrales como **Caronte liberado**, cuyo argumento corresponde a la época de las dictaduras colombianas durante el período de la violencia política de los años 50.

"Esta obra, cuenta el autor al profesor Vélez, tiene desarrollo en un recinto donde están encarcelados cuatro o cinco personajes. Cada personaje está identificando un grupo rebelde. Así que hay guerrilleros, políticos, etc.

"El carcelero es un personaje que cojea de una pierna corta, un poco grotesco y que tiene el papel de estar dirigiendo a cada uno de los que están encarcelados para ser fusilados. Por eso se le llama Caronte, como al barquero que conduce a los muertos.

"Desde el primer momento hay un enfrentamiento entre él y sus presos porque este señor trata de cierta manera, de proyectar el complejo de inferioridad que tiene, enfrentándose a la vida y a la altivez de sus carcelarios, y paulatinamente se va desarrollando este drama, porque él tiene el poder de escoger a voluntad a quién va a fusilar y de acuerdo con eso hay una versión de los pusilánimes que le tienen miedo, que no se acercan, que le llaman Gran Señor, y otros que lo insultan y le dicen que no es más que un patibulario.

"Entonces este señor va con ventaja y mata a los que lo insultan. Hay una guerrillera y hay un diálogo, el único diálogo que hay del interior de la cárcel con el exterior, de esta guerrillera que recibió una carta de su amante y es una manera de proyectar lo que está sucediendo dentro a lo que está sucediendo por fuera.

"La obra termina en el momento en que la guerrillera iba a ser fusilada y Caronte se enfrenta a Mediavida, el individuo que más lo ha insultado (no es que sea el más valiente sino el que más lo ha insultado y por eso lo ha dejado para lo último), pero cuando llega el momento de ordenarle que tiene que pasar al patíbulo, Caronte le dice: las cosas de la vida, tú que eres el más cobarde, el que más me ha insultado, te ha tocado ser el portador de esta buena nueva que traigo. Yo estoy hastiado de tantas muertes, de ser el encargado de llevar al patíbulo a cada uno de los condenados y se ha ido acrecentando mi odio contra el dictador, por lo tanto te vengo a dar la oportunidad de que le dispaes con esta pistola. Yo no lo puedo hacer porque me descubriría con mi cojera, en cambio tú, silenciosamente puedes...

"Y la obra finaliza donde sale Mediavida con la pistola, temblando, y el único que se queda en escena es Caronte hasta que se oye el disparo. Entonces éste dice: por fin me he liberado, he recuperado mi condición humana".

Otra obra de esta misma época es **El retorno de Caín**, que también refleja ese período de la violencia que se evidencia en **Caronte liberado**.

"**El retorno de Caín** ---prosigue Zapata---, se desarrolla en la casa de una campesina, en un ámbito regional de mucha violencia, en la década del 50. Aparece una madre con su hija a quien le cuenta de un hermano que se hizo guerrillero. En un momento determinado este guerrillero entra en escena, pero aparece en forma transformada, por lo cual no es reconocido por la madre y desde luego mucho menos por la hija, pues ésta era muy pequeña cuando el otro salió de la casa. En esta parte hay un recuento acerca de cuando el padre de ella fue asesinado. El guerrillero viene huyendo porque lo vienen persiguiendo. Hay una relación entre el hijo y la madre en la que ella trata de identificarlo haciendo preguntas en tanto que la hija va sintiendo admiración por el guerrillero. La madre advierte esto y se da cuenta de que la hija se está enamorando de su hermano.

"Llega un momento en que la madre tiene la certeza de que se trata del hijo, pero en esas, los perseguidores rodean la casa. Ella lo mete en un hoyo y pone encima una estera. Los perseguidores registran la casa, no encuentran al muchacho y salen. La acción retrocede a donde está la hija, quien se encuentra escondida en otro lugar.

"La parte final es algo parecido en lo dramático a **Los pasos del indio**.

Después de que han ido todos, la madre llama al hijo, toma un arma y lo mata. El protagonista de esta obra se llama Caín. De ahí viene el título de la obra".

También, Zapata Olivella es autor de una obra **Mangalonga el liberto**, basada en una crónica de la época de la conquista y colonización de este territorio cuando se llamaba Nuevo Reino de Granada.

"Allí se cuenta que ésta es la historia que recibió el cronista para hacer la obra: que un lugarteniente español, metido en una región selvática de Colombia y que servía de centro obligado de tránsito para los conquistadores que llegaban del mar y se metían por el río Magdalena, el río más grande que tiene Colombia, en un momento determinado dejaban el río y se metían por una zona montañosa hasta llegar a una población muy próxima a la entrada de la Sabana en donde hoy en día está situada Bogotá.

"En un pueblo antiguo que se llama Vélez, cuenta la crónica que se extravió este capitán con el séquito de militares que lo acompañaba. En la selva descubren que estaban dando vueltas alrededor del mismo punto y todos se hallaban desesperados y angustiados, menos uno de los esclavos que llevaban como cargadores, el cual se moría de la risa viendo la condición en que se encontraban todos.

"Cuenta el cronista que el capitán lo llama y le pregunta por qué se ríe y el esclavo le responde que él conoce el sendero para salir de allí. El capitán trata de cortarle la cabeza y los otros militares impiden que esto acontezca, porque es el único que dice saber cómo pueden salir de allí.

"El esclavo les dice que los saca de allí con la condición de que le den una carta de libertad. El final no dice si los sacó o nó, pero yo me baso en esa circunstancia para escribir el drama **Mangalonga el liberto**. El personaje principal es Mangalonga, el segundo es el capitán y terceros los que intervienen en la obra, la cual termina en el momento en que le dan la libertad a Mangalonga, le quitan la cadena y él toma la iniciativa, convirtiéndose en capitán".

* * *

Pero no solamente Manuel Zapata Olivella dramaturgo se ha ocupado de la recreación de las tragedias humanas. También tiene una obra para niños --- aunque su trascendencia es para un público mayor---, titulada **Las tres monedas de oro**, basada en un cuento escrito por su padre y cuyo argumento es el siguiente:

Una vez un rey visita la casa de un anciano. Allí éste le presenta un acertijo basado en lo que el rey hace con los frutos de su trabajo. El monarca le

prohibe que revele su acertijo hasta tanto no le vea a él tres veces la cara, a lo cual el anciano accede.

Pasa el tiempo y el rey quiere casar a su hija con alguien muy inteligente y por lo tanto publica por todo el territorio del reino que el elegido será quien le presente tres maneras de cómo usar el fruto de su trabajo.

El anciano le da las tres respuestas a un joven enamorado que desesperadamente pretende a la princesa. El muchacho le revela el acertijo al rey y éste lo acepta como futuro esposo de su hija, no sin antes exigirle el nombre de quien le ha enseñado el secreto.

El rey manda buscar al anciano y lo condena a muerte por haber revelado el acertijo sin haberle visto la cara tres veces. El viejo, muy tranquilo, se dirige al rey delante de todo el pueblo mostrándole tres monedas de oro en cada una de las cuales está impresa la cara de Su Majestad.

El antropólogo

En 1987, Zapata Olivella publicaría un libro de relatos reveladores de su entraña cultural, titulado **Levántate mulato**, cuyo subtítulo es la frase que orla el escudo de la Universidad Autónoma de México, el cual dice: "Por mi raza hablará el espíritu".

Allí ocurre un reencuentro del novelista con el vagabundo, la voz viviente de la negritud y el mestizaje, el narrador oral y el antropólogo.

En declaraciones concedidas al profesor Joseph F. Vélez, aparecidas en el libro **Escritores colombianos según ellos mismos** (Bogotá, Thalassa Editores, 1996), Zapata dice:

"Mi abuela materna era una mestiza de india que pertenecía a uno de los muchos resguardos indígenas que se crearon allá en el segundo siglo de la colonización, en 1600, como un mecanismo utilizado por los amos, los españoles a los cuales les titularon tierra y les dieron indiada para cultivarla y explotarla, las famosas encomiendas. Entonces, como la mano de obra que tenían era muy limitada, muy costosa, era la de los africanos, pues ellos procuraban por todos los medios mantener, en cuanto podían, la comunidad indígena y que a partir de esos refuerzos indígenas, ellos prestaban sus servicios de encomendados. Cuando un hombre era asimilado de un primer comienzo de la hacienda de los amos, los españoles vieron la necesidad de preservar esos resguardos indígenas desde varios puntos de vista: en primer lugar porque eran siervos obligados a prestar servicios al dueño de la tierra donde estaban estos resguardos indígenas en su condición de encomendados; en segundo lugar, porque tributaban ya no al amo sino a la Corona. Tenían que entregar sus diezmos a la Corona que además tenía

implantados los diezmos a la Iglesia".

* * *

Desde su época de estudiante y guiado por la sabia tutoría de su padre, Manuel Zapata Olivella toma conciencia de su clase, de su raza y de su identidad cultural. Se interesa por sus orígenes; palpa y vive en carne propia las humillaciones y las miserias de que son víctimas los negros tanto en el continente americano como en el sur de los Estados Unidos.

Es entonces cuando nace el antropólogo, el vocero en más de una ocasión de las incontables leyendas afroamericanas y de sus inenarrables penurias, pero sobre todo, el estudioso incansable de su mestizaje, pues a la par de sus ancestros negros, Manuel desciende de un abuelo de raza blanca:

"Mamá era descendiente de ese abuelo blanco (Juan Olivella)", dice Manuel, y agrega: "por allá por el año de 1896 nació papá en Cartagena. Mi abuelo, o sea el padre de mi padre, Manuel Zapata Granados, estaba emparentado con unos señores de cierta posición económica de Santa Marta y ese señor Granados se había trasladado a Cartagena y llevaba el apellido Zapata aunque este era su segundo apellido.

A lo largo de su vida, Manuel Zapata ha incursionado de manera significativa

en el desentrañamiento de los orígenes raciales de los nativos del Caribe colombiano. Esto lo ha llevado a investigar juiciosamente la cultura ancestral de sus coterráneos.

A lo largo de más de medio siglo ha publicado media docena de libros de ensayos sobre folclor y cultura negra (Véase Bibliografía), a la vez que innumerables textos y conferencias, entre los cuales se destacan los siguientes:

Cantos religiosos de los negros de Palenque, Los pasos del folclor en Colombia, Identidad del negro en la América Latina, Apartheid e integración multirracial (Sudáfrica y Colombia), De la diáspora africana a la unidad mundial de los negros, El acordeón en el vallenato, Comparsas y teatro callejero en los carnavales y Joropo: identidad llanera, entre otros.

Asímismo, ha participado en diversos eventos, en los cuales ha sustentado ponencias sobre los siguientes temas: **Hispanoamérica y la negritud** (Dakar, Senegal, 1974); **Colonización del Pacífico Colombiano por descendientes africanos** (Bucarest, Rumania, 1974); **Pobladores Triétnicos en el Caribe Colombiano** (Vancouver, Canadá, 1976); **El mestizaje en la novela hispanoamericana** (Albuquerque, USA, 1977); **Las luchas emancipadoras de los negros en América** (Sao Paulo, Brasil,

1983); **Yumbalú, culto a los ancestros** (Esmeraldas, Ecuador, 1983); **La negritud y la poesía negrista antillana** (Río de Janeiro, Brasil, 1987); **León Damas, poeta de América** (Cayena, Guayana Francesa, 1988); **La tradición oral de los wayúu** (Barcelona, España, 1989); **Los wayúu en la Península de la Guajira preservan la cultura de los taínos** (Santiago de Cuba, 1996); **Sincretismo afrocatólico y afroindígena en Colombia: filosofía, religión y rituales** (Bogotá, Colombia, 1996) y **Sicoantropología del deporte en la cultura colombiana: empiromagia y ciencia** (Bogotá, Colombia, 1997), entre otros.

Además ha sido organizador del Primer Ciclo de Teatro Colombiano Leído en 1966, director del proyecto "Teatro Anónimo Identificador" en 1973 y promotor, organizador y presidente del Primer Congreso de la Cultura Negra de las Américas, realizado en Cali en 1978. Entre 1983 y 1984 coordinó y dirigió el ciclo "Religiosidad Afroamericana" en el cual se trató la evolución del aporte del negro al pensamiento religioso cristiano en Colombia y América, y que contó con la participación de grupos corales negros de los palenques de San Basilio y San José de Uré y cantadores de alabados del Chocó y Puerto Tejada, Cauca.

* * *

Hace más de medio siglo, Manuel Zapata Olivella publicó varios artículos en

periódicos de Bogotá y de Cartagena, en donde presentaba al público hispanohablante sus primeros textos reveladores de las condiciones materiales y espirituales de los negros en los Estados Unidos de América.

Haciendo gala de un estilo ameno y escueto, Zapata logra comunicar al lector una visión íntima de la vida social, económica y cultural de los negros estadounidenses durante el período inmediatamente posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial.

En uno de ellos, **La raza negra y el arte**, rescatado del olvido por el profesor Lawrence E. Prescott, catedrático asociado de Español y Estudios Afroamericanos en la Universidad de Pennsylvania, el autor relata la vida y la obra del famoso cantante negro Paul Robeson. Ya antes, Manuel Zapata había dedicado artículos al campeón mundial de boxeo Joe Louis y al poeta Langston Hughes.

"Zapata Olivella ---dice Prescott--- relata los orígenes familiares de Robeson, quien era hijo de un esclavo fugitivo, sus estudios universitarios en el aula y en los deportes, el florecimiento de sus talentos dramáticos, su adhesión a la lucha contra la discriminación racial, su actuación en España y su apoyo a la candidatura presidencial de Henry Wallace, ex vicepresidente durante la tercera administración de Franklin Roosevelt. (...).

Las palabras finales del texto sugieren que para el joven afrocolombiano,

Robeson, era un extraordinario ejemplo de orgullo, lucha y responsabilidad frente a su raza:

"La vida toda de Paul Robeson, a quien llamaran en Europa el Ciudadano del Mundo, con su atlético cuerpo de ébano, su gran amor a la superación humana, con su expresión dramática en el gesto y en el timbre broncíneo de su garganta, hacen de su figura un medallón plástico y humano de la raza negra".

En otros artículos se refiere Zapata a las desigualdades sufridas por los negros de Harlem, quienes sin embargo, seguían viviendo su vida sin perder la risa, la ingeniosidad ni la voluntad de luchar contra las fuerzas que intentaban envilecerlos y explotarlos.

"Mediante estos y otros escritos ---termina diciendo el profesor Prescott---, procedentes de sus andanzas por Estados Unidos, Manuel Zapata Olivella pudo informar a sus conciudadanos colombianos de la realidad histórica y contemporánea de Afronorteamérica. Lo hizo no desde la perspectiva de un individuo ajeno al asunto, sino desde la atalaya de un hombre latinoamericano consciente y orgulloso de sus raíces africanas y comprometido con la lucha de los que llamaba 'hermanos de raza' (años más tarde, Zapata Olivella adoptará el término **ekobio**, que usan los practicantes de la santería y otras religiones afrocubanas, para expresar el sentimiento

fraternal entre los descendientes africanos) (...). También se puede apreciar aún más la profunda huella que dejó en el autor la determinación individual y colectiva de las comunidades negras norteamericanas de utilizar la religión, el arte, la política y la literatura para oponer y vencer las fuerzas y condiciones que amenazaban sus derechos y su dignidad humana".

Fruto de todas estas vivencias, lo mismo que de los profundos estudios sobre el tema, es la Fundación Colombiana de Investigaciones Folclóricas, creada por Manuel Zapata Olivella, el investigador y el antropólogo, en 1973, y que dirigió hasta hace pocos años.

BIBLIOGRAFÍA

I. LIBROS DE MANUEL ZAPATA OLIVELLA

(Primeras ediciones):

- **Tierra mojada** (novela), Ediciones Espiral, Bogotá, 1947.
- **Pasión vagabunda** (relatos), Ediciones Santafé, Bogotá, 1949.
- **He visto la noche** (relatos), Ediciones El Liberal, Bogotá, 1952.

- **Hotel de vagabundos** (teatro), Ediciones Espiral, Bogotá, 1955.
- **China, 6 a.m.** (relatos), Ediciones S.L.B., Bogotá, 1955.
- **Cuentos de muerte y libertad**, Editorial Iqueima, Colección Narradores Colombianos de Hoy, Bogotá, 1961.
- **Detrás del rostro** (novela), Ediciones Aguilar, Madrid, España, 1963.
- **Chambacú, corral de negros** (novela), Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1963.
- **El galeón sumergido** (cuento), Extensión Cultural de Bolívar, Cartagena, 1963.
- **En Chimá nace un santo** (novela), Editorial Seix-Barral, Biblioteca Breve de Bolsillo, Barcelona, España, 1964.
- **¿Quién dio el fusil a Oswald?** (cuentos), Editorial Revista Colombiana, Colección Populibro, Bogotá, 1967.
- **Tradición oral y conducta en Córdoba** (ensayo), INCORA, Bogotá, 1972.
- **Caronte liberado** (teatro), COLCULTURA, Bogotá, 1972.
- **El hombre colombiano** (ensayo), Enciclopedia del Desarrollo Colombiano, Colección Los Fundadores, Vol. 1, Canal Ramírez-Antares, Bogotá, 1974.
- **El folclor en los puertos colombianos** (ensayo), Fondo de Publicaciones de la Fundación Colombiana de Investigaciones

Folclóricas, Bogotá, 1977.

- **Changó, el gran putas** (novela), Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1983.
- **Etnografía colombiana** (ensayo), Unidad 1, Ministerio de Educación Nacional – ICFES – Servicio de Educación a Distancia, Bogotá, 1984.
- **El fusilamiento del diablo** (novela), Editorial Plaza & Janés, Bogotá, 1986.
- **Léve-toi, Mulâtre (L'esprit parlera á travers ma race)** (relato), Editorial Payot, París Francia, 1987.
- **Nuestra voz. Aportes del habla popular latinoamericana al idioma español** (ensayo), Ecoe Ediciones, Bogotá, 1987.
- **Las claves mágicas de América** (ensayo), Editorial Plaza & Janés, 1989.
- **Fábulas de Tamalameque** (cuentos), Editorial Rei-Andes Ltda., Bogotá, 1990.
- **Hemingway, el cazador de la muerte** (novela), Arango Editores, Bogotá, 1993.
- **La rebelión de los genes. El mestizaje americano en la sociedad futura** (ensayo), Altamira Ediciones, Bogotá, 1997.
- **El árbol brujo de la libertad** (ensayo), Universidad del Pacífico, Buenaventura, Valle, 2002.

II. ESTUDIOS Y ARTÍCULOS SOBRE MANUEL ZAPATA OLIVELLA

- ANILLO SARMIENTO, Antonio Francisco: La novelística comprometida de Manuel Zapata Olivella, The George Washington University, PH.D., USA, 1972.

(Nota: en adelante, toda alusión al biografiado se referirá a MZO).

- ARANGO FERRER, Javier: Dos horas de literatura colombiana. Ediciones Papel Sobrante, Medellín, 1964.
- AYALA POVEDA, Fernando: Manual de literatura colombiana, Educar Editores, Bogotá, 1984, pp. 303-305.
- BOGLIOLO, Francois: La negritude et les problemes du noir dans l'oeuvre de MZO, Les Nouvelles, Editions Africaines de Dakar-Abidjan, 1978.
- BRUSHWOOD, John S.: La novela hispanoamericana del siglo XX, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- DÍAZ-GRANADOS, José Luis: Negritude et problèmes du Noir (reseña sobre La négritude et les problèmes du Noir dans l'oeuvre de MZO, Lecturas Dominicales (suplemento de El Tiempo), Bogotá, 22 de junio

de 1980.

- --- "Changó, el gran putas" (reseña), Lecturas Dominicales, Bogotá, 26 de junio de 1983.
- --- "Changó, el gran putas": la Biblia negra de MZO (artículo), 365 días (sección "Libros"), Bogotá. mayo-junio de 1985.
- --- MZO, un vagabundo de 70 años (artículo), Consigna, núm. 392, año XV, Bogotá, agosto 15 de 1990. p. 40.
- --- Introducción, en: MZO: Fábulas de Tamalameque, Bogotá, Rei Andes, Ltda., (diciembre) 1990, p. 4.
- --- El autor y su obra: MZO (semblanza), *ibid.* p. 71.
- --- "Chambacú, corral de negros", (novela de MZO), Bogotá, Rei Andes, Ltda. ("Biblioteca Didáctica Anaya"), 1990, 248 pp. (Edición, introducción, notas, comentarios y apéndice de José Luis Díaz-Granados).
- --- "Fábulas de Tamalameque" (nota crítica), Correo Editorial, (Revista Informativa de la Cámara Colombiana del Libro), num. 6, Bogotá,

Febrero de 1991, p. 27.

- --- “Fábulas de Tamalameque” (reseña), Lecturas Dominicales, Bogotá, 24 de marzo de 1991.
- --- MZO, el escritor, el vagabundo, el amigo, palabras de presentación de Levántate, mulato!, Fábulas de Tamalameque y Chambacú, corral de negros, “Sala Gonzalo Arango” , IV Feria Internacional del Libro, Bogotá, 2 de mayo de 1991.
- --- Libros de MZO (reseñas), Lecturas Dominicales, Bogotá, 9 de junio de 1991.
- --- La Biblia negra de América, palabras de presentación de Changó, el gran putas, de MZO, en el Pabellón de Educar Editores, V Feria Internacional del Libro, Bogotá, 25 de abril de 1992.
- --- La olvidada e inmediata semejanza (prólogo), en: MZO: Los pasos del indio (teatro), en: VARIOS: Teatro colombiano contemporáneo, Madrid, Fondo de Cultura Económica, Sucursal España, 1992, pp. 145-150.
- --- MZO, novelista (y) dramaturgo (ensayo), Cifras y Letras, núm. 39,

Bogotá, marzo-abril de 1994, p. 49.

- --- La cultura del Caribe colombiano, palabras de presentación de la ponencia de MZO sobre el poeta cartagenero Jorge Artel, en el marco del III Encuentro de Escritores Colombianos, en el Auditorio del Hotel “Yuldama Inn”, El Rodadero (Magdalena), 4 de diciembre de 1994.
- --- MZO: poeta y narrador del Caribe y la negritud, palabras de homenaje en el Pabellón “Corpes del Norte”, de la VII Feria Internacional del Libro, Bogotá, 6 de mayo de 1995.
- --- MZO en el corazón, charla dictada en el homenaje ofrecido por la Fundación Cultural “Jetón Ferro”, en el Restaurante “Alcarraza”, Chiquinquirá (Boyacá), el 20 de octubre de 1995.
- --- MZO, novelista y dramaturgo (ensayo), América Negra, Pontificia Universidad Javeriana, Expedición Humana, núm. 10, Bogotá, diciembre de 1995, pp. 237-241.
- --- Zapata, opus magnum (ensayo), La Prensa. (sección “Arte y Cultura”), Bogotá, 27 de junio de 1996, pp. VI-VII.
- --- Reconocimiento a MZO (nota en prosa), El Tiempo, Bogotá, 3 de

diciembre de 1999.

- ESPINOSA, Germán: MZO, el aventurero, prólogo en: Pasión vagabunda, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp VII-XXI.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: Vivir para contarla (memorias), Bogotá, Editorial Norma, 2002.
- HERRERA SOTO, Roberto: MZO o las perspectivas de la negritud en las Américas, Revista Dominical de La República, Bogotá, 19 de marzo de 1984.
- MARTÍNEZ, Alonso: Estudio de los personajes y del espacio, basado en el contexto histórico en “Chambacú, corral de negros”, en Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, núm. 548, vol. 82, Bogotá, octubre-diciembre de 1989, pp. 36-45.
- MARVIN A., Lewis: En: Treading the Ebony Path. Ideology and Violence in Contemporary Afro-Colombian Prose Fiction. University of Missouri Press, Columbia, 1987.
- --- La trayectoria novelística de MZO: de la opresión a la liberación, en

- Ensayos de literatura colombiana. Primer Encuentro de Colombianistas Norteamericanos. Plaza & Janés, Bogotá, 1985.
- OSPINA, Uriel: Chambacú corral de negros, en: Sesenta minutos de novela en Colombia, Banco de la República, Bogotá, 1977. pp. 126-128.
 - PEÑA GUTIÉRREZ, Isaías: Manual de literatura latinoamericana. Educar Editores, Bogotá, 1987.
 - PRESCOTT, Lawrence E.: Afronorteamérica en los escritos de viaje de MZO: hacia los orígenes de "He visto la noche", prólogo en: He visto la noche, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 229-239.
 - VARIOS: Manual de literatura colombiana, tomo II, Procultura – Planeta, Bogotá, s.f., pp. 272, 446, 469, 477, 481, 544.
 - WILLIAMS, Raymond L. and GÓMEZ, Gilberto: Interview with MZO, Hispania, 67, 1984.
 - --- Ensayos de literatura colombiana. Primer Encuentro de Colombianistas Norteamericanos. Editorial Plaza y Janés, Bogotá, 1985.

- --- Novela y poder en Colombia, 1844-1987, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992.